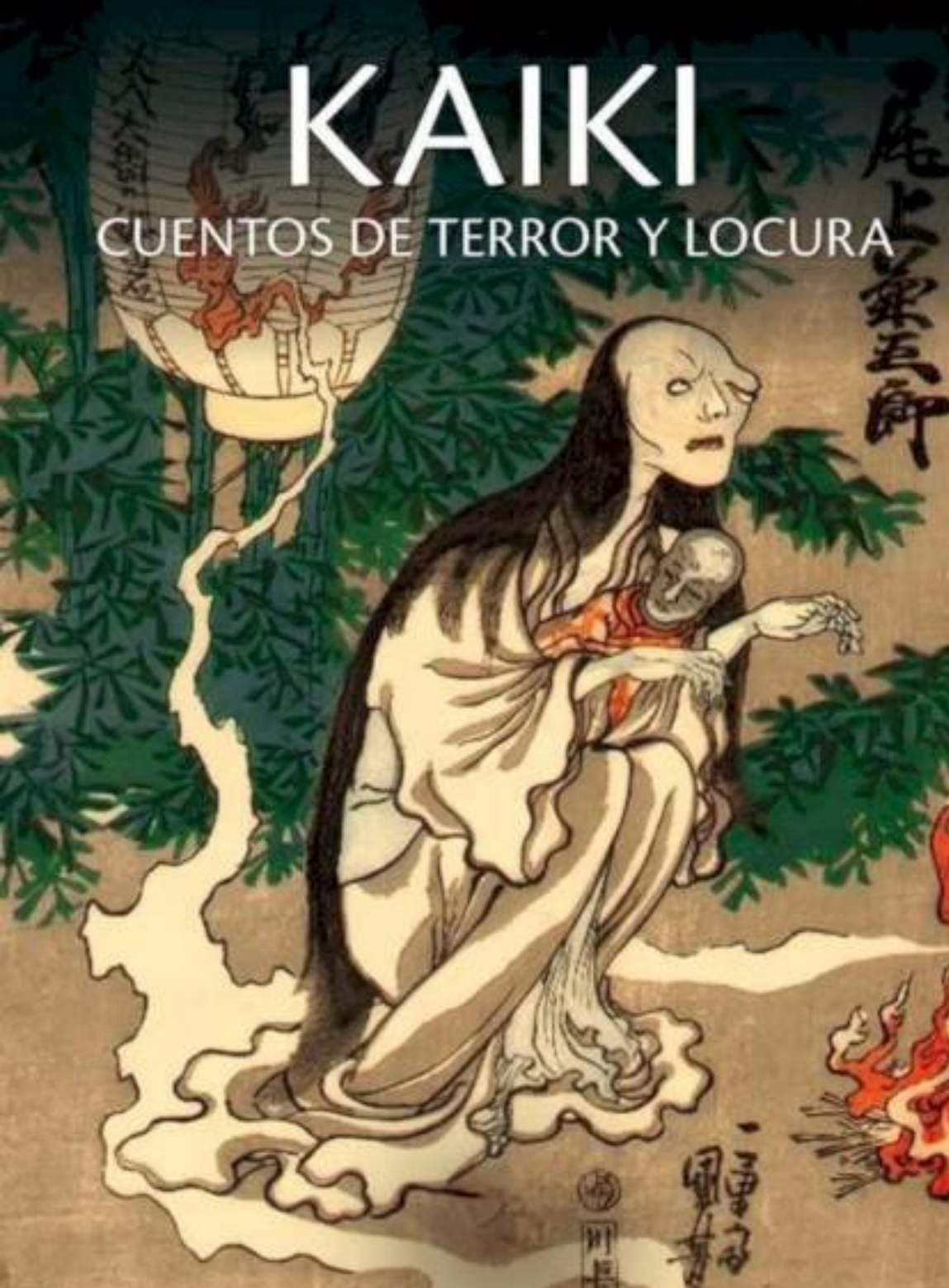


Alcutagawa • Hisao • Izumi • Rohan • Tanaka • Murayama  
Ôgai • Nakajima • Okamoto • Edogawa • Tanizaki • Kyûsaku

# KAIKI

CUENTOS DE TERROR Y LOCURA



Hasta la introducción de los ideogramas chinos en el siglo VI, el japonés era una lengua oral que no tenía escritura. Se trata, seguramente, del país con la más amplia y antigua tradición oral. El monogatari era el oficio de contar historias oralmente y de entre todas ellas, las favoritas de los japoneses, que han trascendido más allá de sus fronteras, son las crónicas sobrenaturales y de miedo.

En esta recopilación, el lector disfrutará de una selección de escalofriantes relatos, historias que nos arrastrarán a un país plagado de mitos, leyendas ancestrales y supersticiones. Un lugar remoto y exótico en el que sus habitantes conviven con la arraigada creencia de que hay muchos tipos de monstruos, imaginarios y reales, ocultos entre nosotros.

Desde increíbles ermitaños que conservan las cabezas de sus víctimas hasta jóvenes marcados por el destino que anuncian un aciago final a los barcos en los que se suben, estos cuentos se moverán en la fina barrera que separa el mundo real del mitológico. Entre sus páginas, podremos ver la importancia vital del mar en la superstición de un país formado por más de tres mil islas o la oscuridad que ocultan los nuevos adelantos como las películas. Siempre sin olvidar la complejidad de la mentalidad japonesa, cuya fascinación puede llegar a convertirse en algo verdaderamente terrorífico.

Prepárese para disfrutar de doce inquietantes relatos que le pondrán los pelos de punta. Una lectura imprescindible para todos los aficionados a la novela gótica y de terror.



Ryūnosuke Akutagawa  
(1892 - 1927)



Juran Hisao  
(1902 - 1957)



Atsushi Nakajima  
(1909 - 1942)



Kyōka Izumi  
(1873 - 1939)



Kōda Rohan  
(1867 - 1947)



Kōtarō Tanaka  
(1880 - 1941)



Kaita Murayama  
(1896 - 1919)



Mori Ōgai  
(1862 - 1922)



Kidō Okamoto  
(1872 - 1939)



Rampo Edogawa  
(1894 - 1965)



Jun'ichirō Tanizaki  
(1886 - 1965)



Yumeno Kyūsaku  
(1889 - 1936)

# Prólogo

Kaita Murayama (1896-1919), autor de *La lengua del diablo*, es un autor poco conocido en nuestros días. Desde el instituto se había sentido atraído por la literatura de Charles Baudelaire y Stéphane Mallarmé. Además, es famoso por la vida extraña y destructiva que llevó. Es uno de los representantes más claros del Decadentismo japonés. No solo escribió novelas; mostró un gran talento en la poesía y en la pintura, pero murió a la temprana edad de veintidós años.

Kidō Okamoto (1872-1939), autor de *El demonio del cabello blanco*, empezó su carrera profesional como periodista. Tras obtener cierto reconocimiento como crítico de teatro empezó a escribir libretos para obras de kabuki, normalmente versiones de obras antiguas pero también algunas nuevas. Más tarde llegaron sus obras de teatro moderno, las novelas negras y los relatos de fantasmas, algunos de ellos publicados por Quaterni. Finalmente fue nombrado miembro de la Academia de Artes de Japón, siendo el primer dramaturgo en obtener tal membresía, la más importante a la que podía aspirar un artista.

Kyōka Izumi (1873-1936), autor de *Kaiiki: Un relato de espíritus marinos*, fue discípulo de Kōyō Ozaki. Es uno de los representantes de la «novela ideológica», un género que criticaba la moral secular y las costumbres con un toque fantástico, utilizando fantasmas y dioses como base narrativa. Su estilo es tradicional y para los lectores actuales

no resulta una lectura fácil, lo que no ha impedido que crezca el número de fanáticos de sus obras.

Kōtarō Tanaka (1890-1941), autor de *La cara dentro de la hornilla*, no es un autor muy conocido en Japón. Después de cursar estudios básicos, Tanaka trabajó en la construcción naval y más tarde como profesor suplente de primaria. Este tipo de profesor carecía de los estudios reglamentarios, pero se le solía contratar en situaciones de emergencia. Tanaka escribió una gran cantidad de cuentos de fantasmas, o *kaidan*, género que hoy en día ha quedado olvidado. Es destacable su magnífica traducción de *Los cuentos extraños*, una famosa recopilación china que tuvo una gran influencia sobre Akutagawa y otros escritores de su generación. Tanaka había aprendido chino por su cuenta y disfrutaba analizando textos antiguos.

Ryūnosuke Akutagawa (1892-1927), autor del relato *Una noche de primavera*, no solo es uno de los escritores más conocidos de Japón, sino también uno de los más traducidos del mundo. Considerado un genio desde su juventud, escribió su ópera prima (por la que obtuvo un gran reconocimiento) mientras estudiaba en la Universidad de Tokio. Tras licenciarse empezó a trabajar como profesor, pero renunció pronto para dedicarse por completo a la literatura. Entonces eran pocos los japoneses que podían vivir de la escritura, pero Akutagawa lo consiguió, pasando a formar parte de la élite literaria del país. Sin embargo, el escritor se suicidó a los treinta y cinco años de edad. Su muerte no solo impactó en los círculos literarios; su grandeza era tal que dejó huella en la sociedad de la época.

Ōgai Mori (1862-1922), autor de *La serpiente*, fue junto a Sōseki Natsume uno de los escritores más importantes de la era Meiji, aunque a menudo se olvida que se dedicaba a la medicina militar. De hecho, logró el puesto de mayor prestigio al que era posible aspirar: General de la División de Sanidad Militar. Se trataba de una persona sumamente ocupada, pero a pesar de ello escribió muchas obras. No

solo escribió novelas sino también ensayos y traducciones, su repertorio era muy amplio. A finales del siglo XIX estudió en Alemania bajo la tutela de Robert Koch, descubridor del bacilo de la tuberculosis. Los cuatro años que pasó en Alemania no solo influyeron en sus conocimientos médicos sino también en sus obras literarias. Su hija Mari Mori se dedicó a la literatura como él.

Jun'ichirō Tanizaki (1886-1965), autor de *Jinmensō: El bubón con rostro humano*, empezó a escribir mientras estudiaba en la Universidad de Tokio. Desde ese momento y hasta sus setenta y nueve años, casi medio siglo, fue uno de los escritores más importantes de su generación y uno de los pocos que consiguió vivir de la literatura. Sus novelas gozan de una gran variedad y riqueza tanto de temáticas como de estilos, pero su principal característica es su peculiar erotismo, razón por la que sus relatos no se incluyen en los libros de texto (con la excepción de *El elogio de la sombra*, una célebre reflexión sobre la cultura japonesa).

Tanto el abuelo como el padre y los tres hermanos de Atsushi Nakajima (1909-1942), autor de *La momia*, eran estudiosos de chino antiguo, influencia que puede observarse en sus relatos. Su obra maestra, *La luna sobre la montaña* (publicada por Quaterni en *Un gran descubrimiento*, 2015), es un claro ejemplo de ello. Aunque este escrito aparece en los libros de texto de bachillerato y es de lectura obligada, las obras de Nakajima no fueron publicadas durante su vida. La mayoría se editó después de su muerte, cuando finalmente se reconoció su gran talento.

Rampō Edogawa (1894-1965), autor de *El infierno está en el espejo*, es uno de los escritores de novela negra más representativos de Japón. Es conocido por su alias artístico, que en caracteres chinos es el nombre del escritor estadounidense Edgar Allan Poe. Rampō no solo escribió ficción; también publicó varios ensayos sobre novela negra. Además, creó un premio literario que lleva su nombre para dar a conocer escritores noveles. Cabe señalar que muchas de

sus obras se han convertido en clásicos de la novela de detectives y se siguen leyendo actualmente.

Jūran Hisao (1902-1957), autor de *La sombra de la muerte*, comenzó su andadura literaria en el teatro. Pasó cuatro años estudiando en Francia durante los que se centró en las obras dramáticas. A su regreso comenzó a trabajar como ayudante de dirección en una compañía teatral. Escribió varias novelas policiacas y de misterio, así como humorísticas e históricas. Las obras de Hisao estaban dirigidas al gran público, aunque eso no mermó su nivel literario.

Rohan Kōda (1867-1947), autor de *Una historia de apariciones*, es uno de los escritores más representativos de la era Meiji. Aunque actualmente son más populares escritores como Sōseki Natsume, ōgai Mori y Kōyō Ozaki (autor de *El demonio de color dorado*, el superventas de la era Meiji) Kōda gozaba en aquella época de una mayor autoridad que estos. Los relatos de Kōda tienen una marcada influencia de la literatura china y, debido a su lirismo, resultan complicados incluso para los lectores japoneses actuales. Es necesario señalar que en la era Meiji, sobre todo en la primera mitad, las novelas no se leían en silencio sino en voz alta. La hija de Rohan, Aya Kōda, fue también una célebre escritora.

Por último, Kyūsaku Yumeno (1889-1936), el autor de *El muchacho de los naufragios*, desempeñó trabajos muy variados después de dejar la Universidad de Keiō. Fue capaz de una granja, monje budista, maestro de *Yōkyoku* (el canto que se usa en el teatro Noh) y periodista. Su debut como escritor fue tardío, pasada la treintena, y murió a los cuarenta y nueve años. Su obra más famosa es *Dogura Magura*, una novela extensa y complicada que fue publicada un año antes de su muerte.

Jun'ichi Shibaguchi  
Profesor de literatura japonesa  
Universidad Agroveterinaria de Obihiro

Octubre de 2016



## Nota de traducción

Para realizar las transliteraciones de los nombres de los personajes y de los lugares se usó el sistema Hepburn moderno, utilizando en particular el macrón para las vocales largas. Cabe destacar que en el caso de los nombres propios de los personajes nacidos después del período Muro-machi se ha decidido invertir el orden japonés y se ha utilizado la forma castellana: aparece primero el nombre y luego el apellido. En el caso de los lugares japoneses se ha mantenido el sonido japonés; en cuanto a los lugares chinos, en lugar de mantener la pronunciación japonesa se ha utilizado la forma *pinyin*.

Con respecto al sistema de periodización histórica, se ha respetado el uso del sistema japonés utilizado en el texto y agregado la fecha según el calendario gregoriano. Asimismo, se han mantenido algunos términos en japonés ya que consideramos que su traducción literal no transmitía la esencia del texto.

La traducción es responsabilidad total de los traductores. Se ha tratado de recrear, en la medida de lo posible, una versión española de la original japonesa, aunque algunas frases suenen arcaicas en nuestro idioma. Asimismo, algunas palabras o frases pueden resultar despectivas y políticamente incorrectas.

Por último, queremos dar las gracias a Yōko Naitō. También a Jun'ichi Shibaguchi por su excelente prólogo, así co-

mo a José Luis Ramírez y a todo el equipo de Quaterni por la publicación de esta obra.

Los traductores  
Octubre de 2016

# Introducción

Existen, en otros idiomas, palabras que tienen un significado concreto y que resultan imposibles de traducir al castellano. En japonés, una de estas palabras es *kaiki* (怪奇), un término que sirve para definir las cosas sobrenaturales y tétricas. En el caso de las novelas, las palabras serían *kaiki shosetsu* (怪奇小説).

En este libro, hemos seleccionado doce *kaiki*, doce relatos de terror y locura que le permitirán adentrarse en el proceloso mundo de los fantasmas, seres sobrenaturales y mitos populares del país del sol naciente.

Junto a relatos de autores tan prestigiosos como Ryūnosuke Akutagawa, Ōgai Mori o Jun'ichirō Tanizaki, encontrará otros de escritores no tan conocidos como Murayama o Kōtarō Tanaka, pero que también merece la pena conocer.

La definición que el diccionario hace de la palabra «miedo», es la sensación de angustia provocada por la presencia de un peligro real o imaginario. En el caso de un libro, el peligro es solo imaginario y, por tanto, subjetivo. Por este motivo no le podemos asegurar que leyendo esta obra pasará miedo, pero de lo que sí estamos seguros es de que con todos y cada uno de los relatos sentirá una extraña sensación de desazón, de desasosiego.

Para terminar, solo nos queda recomendarle, querido lector, que bajo ningún concepto lea este libro de noche a solas. ¿O quizá prefiera hacerlo así?... Que disfrute de la lectura.

# La lengua del diablo

Por Kaita Murayama

Traducción de Juan Antonio Yáñez

## I

Una noche serena a principios de mayo, alrededor de las once, estaba en el jardín contemplando el azul profundo del cielo cuando, de repente, se escuchó una voz en la puerta: «¡Telegrama!». Al abrirlo encontré lo siguiente:

«CUESTA KUDAN 301 KANEKO».

Me extrañó mucho. ¿Qué significaba eso de 301? Kaneko era el nombre de un amigo mío, el más peculiar de todos. El tipo era poeta y, tal vez por eso, también misterioso. Comencé a pensar en el extraño telegrama que tenía en la mano. Lo habían emitido a las diez y cuarenta y cinco en Ōtsuka. Aunque no entendía nada, decidí ir a la Cuesta de Kudan, así que me vestí y me puse en marcha.

Desde mi casa hasta la estación había bastante distancia. Durante el camino pensé mucho en Kaneko. Lo había conocido en otoño, hacía un par de años, en una fiesta a la que solo había invitada gente excéntrica. Él cumpliría

veintisiete este año, por lo que en aquel entonces era un joven poeta de veinticinco. Sin embargo, iba vestido como un anciano y en su rostro, de un tono curiosamente rojizo, se marcaban con claridad varias arrugas. Tenía los ojos grandes, brillantes y negros, mientras que su nariz era larga y ancha. La extraña forma de sus labios me llamó la atención. Los anfitriones de la fiesta eran gente inusual y, por esa misma razón, sus invitados eran también bichos raros. Si alguien normal los hubiera visto, seguramente le habrían parecido una horda de demonios. Pero, entre tantas singularidades, fueron los labios del joven poeta los que llamaron enormemente mi atención.

Estaba sentado justo frente a mí, por lo que pude observarlo hasta hartarme. Tenía los labios realmente gruesos, como dos tuberías de cobre con cardenillo, y temblaban sin cesar. Cuando comía era aún más espectacular. El verdigris de sus labios resaltaba el color rojo de su lengua al abrir la boca para tragar la comida a toda velocidad. Yo, que nunca había visto a alguien con unos labios tan gruesos, me quedé perplejo viendo cómo comía. De repente, sus ojos se posaron sobre mí. Se levantó y me gritó:

—Oye, ¿por qué me miras de un modo tan descarado?

—Tienes razón. Lo siento —le dije saliendo del trance, y entonces volvió a sentarse.

—Me alegra que lo entiendas. No es agradable ser el blanco de miradas indiscretas.

Dio un trago a la jarra de cerveza sin dejar de mirarme con sus ojos brillantes.

—Tienes toda la razón. Lo que pasa es que tu apariencia me parece interesante.

—¡Sigue sin ser agradable! ¡Qué te importa a ti mi apariencia!

Parecía molesto.

—No te enfades. Bebamos algo para reconciliarnos.

Así fue como Eikichi Kaneko y yo nos conocimos.

Cuanto más me relacionaba con él, más extraño me parecía. Poseía una considerable fortuna y vivía solo, pues no tenía padres ni hermanos. Se había matriculado en distintas universidades, pero ninguna fue de su completo agrado. Nadie conocía la razón exacta por la que se había decidido por la poesía, ya que le disgustaba hablar de esa parte de su vida. Llevaba una existencia discreta y le desagradaba sobremanera recibir visitas en su hogar. Por ello, todo lo que hacía era un absoluto misterio. Se pasaba el tiempo recorriendo las calles, siempre en bares y tabernas.

Hacía dos o tres meses que no lo veíamos. Nadie sabía nada de él, ni por dónde andaba. Y aunque yo había logrado intimar con él y me había ganado su confianza, lo único que sabía de Kaneko es que era un personaje misterioso y excéntrico.

## II

Mientras recordaba todo aquello, llegué a la cima de la Cuesta de Kudan. A mis pies, bajo el velo nocturno, se extendía la ciudad. Los farolillos de Jinbōchō brillaban en la oscuridad como diamantes incrustados en el mineral. Inspeccioné la cuesta de arriba abajo. Pensaba que Kaneko me estaría esperando allí, pero no conseguía divisar su silueta. Busqué cerca de la estatua de bronce de Ōmura, pero no encontré a nadie. Estuve media hora en la Cuesta de Kudan y después decidí ir a su casa, que se hallaba cerca de Tomisaka. Cuando llegué a su domicilio, una vivienda pequeña pero bonita, encontré allí a la policía. Sorprendido, les pregunté qué ocurría y me dijeron que Kaneko se había suicidado. Entré en la casa de inmediato y vi su cuerpo rodeado de dos o tres amigos y algunos agentes de po-

licía. Se había matado clavándose en el corazón unas varillas que se usaban para remover el picón. Por sus heridas, parecía haberlo intentado dos o tres veces. Estaba muy pálido, pero su rostro reflejaba tanta paz que parecía dormido. Según dijo el forense, el fatal desenlace había sido resultado de la confusión mental producto de la ebriedad. El cadáver apestaba a alcohol. Se creía que había muerto hacía poco, pues un transeúnte escuchó un gemido de agonía y avisó a las autoridades de inmediato.

No dejó ninguna carta donde expresara sus últimas voluntades, por lo que el telegrama me pareció todavía más extraño. Según la hora en la que estimaban que había muerto, todo había sucedido justo después de enviar la nota. Volví, pensativo, a la Cuesta de Kudan. ¿Qué significaba ese número, 301? ¿Qué tenía que ver con la cuesta? Miré a mi alrededor, pero no encontré nada. De pronto, caí en la cuenta. En el perímetro de la Cuesta de Kudan solo había una cosa con números superiores al trescientos: las tapas de piedra que cubrían el canal que corría a ambos lados de la pendiente. Empecé a examinar el lado derecho desde arriba y bajé mientras contaba los números. Revisé bien la tapa trescientos uno, pero no encontré nada extraño, así que empecé a contar desde abajo. Había trescientas diez tapas en total; la décima desde arriba sería la que buscaba. Volví a subir corriendo y revisé bien la tapa trescientos uno: entre la décima y la undécima se veía algo negro. Al sacarlo descubrí que se trataba de un sobre de papel encerado negro.

—Esto es, esto es —me dije, y volví volando a casa.

En el interior había un documento de portada negra. Cuando lo leí descubrí al verdadero Eikichi Kaneko por primera vez. Y era un ser verdaderamente espeluznante.

—¡No era un humano sino un demonio! —grité.

Mis queridos lectores: incluso ahora, al revelaros el contenido de aquel documento sigo sintiendo un profundo horror. A continuación os presento el texto íntegro.